

PAYRO Y EL SUR ARGENTINO

En sus crónicas del viaje a la Australia argentina, Roberto Payró asentó que en 1880 había andado por Curamalal sus buenas jornadas de jinete. Si la fecha es cierta, a los trece años sus ojos contemplaron ya el panorama del interior bonaerense. Muchacho llegado de la llanura, el tiempo le sería corto para contemplar un tanto distinto paisaje, de sierras y de valles. Se estaba apenas a un año de la ocupación definitiva de la zona, libre ya del peligro de invasiones que mantuvieron en angustia a los pobladores, y este primer contacto suyo con ella pudo dejarle el recuerdo amable del paisaje, de la vida al aire libre y del escenario apropiado para la expansión física. Por lo pronto, tuvo la sensación de que la Argentina era algo más que la Gran Aldea y que las gentes de la campaña se diferenciaban mucho de las que él había tratado hasta entonces. Si ya tenía leídos o escuchados los capítulos del *Facundo*, incluso pudo preguntarse si esto de ahora era la barbarie, porque el contraste era evidente.

Fue su primer contacto con el interior. No muchos años después, ya algo entrenado en el periodismo, hizo un viaje más largo a Córdoba, donde ejerció ese oficio, que sería lastre y yunque a la vez para su labor futura de escritor con otra mira que la de producir crónicas y comentarios perecederos a corto plazo. En dos libritos de versos intrascendentes y otros tantos de prosa donde apuntaron sus dotes de narrador, cuajaron en esos años tales inquietudes y se exteriorizó su vocación.

Una visita al Paraguay no cuenta para nuestros propósitos, pero sí lo que fue proyectado como excursión de recreo y

se convirtió en un prolongado alojamiento en Bahía Blanca, a donde llegó en 1887, con la levedad de los veinte años sobre los hombros y la dulzura de muchas ilusiones en la mente. Ahora, sí, se metía en la realidad, de la que tan alejado estaba el muchacho cuando, en vigiliadas prolongadas, llenara cientos de páginas con versos y prosas de afiebrada elaboración. Este mundo real nada tenía que ver con el imaginario del dramaturgo en ciernes, del cual conocemos, en los originales, media docena de dramas y comedias no citadas hasta ahora por sus biógrafos.

¿Qué era Bahía Blanca en ese entonces? Otras veces la hemos evocado ⁽¹⁾ Vivía su época de efervescencia mayor, de afiebrado trajín. Pocos años hacía que llegara el riel a su puerto y los mismos casi que podía confiar en su seguridad contra los ataques de los indios. Como consecuencia de la victoriosa penetración de las tropas comandadas por el general Roca, Bahía Blanca se había transformado de fuerte militar y centro apenas de una chica zona rural, nada menos que en la puerta de la Patagonia. El horizonte de la Perla del Sur se enanchó de pronto hacia la pampa y hacia la región austral. De una amplia extensión fueron llegando lanas y cueros que se comerciaban allí y del Norte o de Europa, con las nuevas gentes, mercaderías para el consumo y materiales para las construcciones. Unas familias se quedaban, otras utilizaban el pueblo como trampolín para el salto que las ubicara en nuevas poblaciones. Las cuadrillas de obreros que tendieran nuevas vías se formaban en ese sitio y los inmigrantes golondrinas se hacinaban en las fondas, esperando un conchabo que duraría lo que la cosecha.

Esta era la realidad argentina en la que se sumergió Payró cuando llegó a Bahía Blanca. Debíó cautivarlo y sin duda alguna le hizo pensar. El mundo en que se sumergía estaba a setecientos kilómetros, en la geografía y en muchas otras cosas, del porte-

(1) GARCÍA, Germán,, *Roberto J. Payró en Bahía Blanca*. Bahía Blanca, ed. Sureña, 1940.

ño en que viviera hasta entonces y que en los años del recuerdo evocaría con nostalgia. Este de ahora era otra cosa, sobre todo en el material humano que lo integraba. Heterogéneo, con porcentaje crecido de extranjeros que mal balbuceaban el castellano; gente sin arraigo, de aventura, afanosa de riqueza pronta, ahogando el núcleo de la anterior etapa, integrando éste por garibaldinos que lucharon contra el dominio papal en su tierra de origen y por mitristas que alentaba la fe en el destino de la patria.

Era una ventana abierta desde la que se observaba un amplio panorama y hasta la cual llegaban los cantos de los que trabajaban roturando la tierra recién incorporada a la civilización. También los rumores de la lucha y las noticias de los diarios sucesos. Viviendo en el foco de la acción pudo palpar, por primera vez, qué era y cómo se formaba su propio país, cuál la proporción de buena fe y de malas artes que entraba en la actividad de los integrantes de esa sociedad bullente. Apasionado por naturaleza y hasta por la edad, se metió él mismo en el hervidero, ocupando uno de los puestos de mayor responsabilidad y de más riesgo, precisamente el de periodista. Payró fundó su propio diario y desde sus columnas, que fueron de combate, realizó su prédica, defendiendo principios y atacando males que afectaban el organismo del pueblo en edad de crecimiento y que resentirían más tarde, como herencia sanguínea, el cuerpo de la República. Se fue pobre de dineros y rico en experiencia. La lucha lo templó y si cuando vino era apenas un literato en ciernes al abandonar el escenario pachoquiense se había transformado en un periodista total y en un observador agudo que meditaba seriamente sobre el destino de su país. Como cosecha para su labor futura, se llevó un almáico de personajes y episodios que habían de reunirse pronto con los que en nuevas experiencias fue acumulando.

Payró, ya un poco encanecido y un tanto apesadumbrado, dejó Bahía Blanca en 1891. Decidido a seguir su vocación y no otras actividades que desarrolló en Bahía Blanca en el campo económico, no tardó en incorporarse al diario de Mi-

tre, que hizo una de sus mejores adquisiciones. Desde entonces y hasta los últimos días de su vida formó parte de su equipo de redactores. Le fue útil por cierto, ya que sería él quien diera sentido moderno a las crónicas y a las informaciones. Las suyas llevaron la frescura de la fuente viva y el sabor de lo espontáneo. Tal modalidad hizo que Payró se transformara un poco en el cronista viajero y excursiones cortas fueron sólo paréntesis de otras de mayor envergadura, provechosas para el diario pero tanto más para el escritor. Así hizo la narración de *La Pampa de agua*, en 1900, con motivo de inundaciones ocurridas en la Provincia de Buenos Aires, de donde tomó el escenario para un hermoso cuento —*Drama vulgar*— y para escenas de *Sobre las ruinas*. Se trasladó al Uruguay, para ser testigo presencial y relator del alzamiento de Aparicio Saravia, dejando ajustados retratos de protagonistas y descripciones vigorosas del escenario de la lucha. También se le destacó en misión a Chile, en momentos de fiebre guerrera.

Lo que interesa para nuestro propósito es desentrañar las fuentes que le sirvieron para escribir sus obras documentales de la Argentina de su tiempo. En ese sentido asume extraordinaria importancia el viaje que realizó al interior bonaerense en 1892. Fue largo y detenido y sus crónicas ocupan muchas columnas. En las de *En los dominios platenses*, que tal fue su título, está la esencia de *Pago Chico*, de *Las divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* y de *El casamiento de Iaucha*, tres libros fundamentales para la historia interna de nuestra pampa, porque lo local de Bahía Blanca dio sólo parte de lo episódico y sirvió para iniciar el sendero.

Es bueno detenerse un poco en el recuerdo de este documento archivado en las ya amarillentas páginas del diario de don Bartolo. Cabe decir que el escritor tuvo la suerte —suerte para nosotros sobre todo— de vivir en ese tiempo y en tal escenario, del que sacaría su gran tema, el tema del propio país. La crónica se centra en la acción del caudillismo bonaerense que en algunos sitios hasta se había alzado en armas contra el poder constitucional. La primera se refiere a Bolívar y

penetra luego en varios pueblos: Pehuajó, Bragado, Chivilcoy, Mercedes, Luján, Chascomús, Dolores, Tandil, Juárez, Tres Arroyos, Bahía Blanca. Mira, pregunta, bucea. Penetra hasta en las guaridas de esos bandoleros que eran dueños de vidas y haciendas, en lugares escondidos donde se llevan los animales robados para contramarcarlos. Narra episodios, descubre las artes de que se valen los que mandan para ganar elecciones y adueñarse de lotes de tierra, en el campo y en el pueblo; relata las vejaciones de que se hace víctima a pacíficos vecinos; habla de acomodos y de trampas, de apaleamientos que son moneda corriente en las comisarías y de ese juego de la política criolla que es el turnarse en los cargos jueces, intendentes y hasta comandantes de la guardia militar. La desidia edilicia es asombrosa y un simple episodio documenta las causas: el caudillo Guillermo Doll monta una vía decauville con que rellenar el patio del prostíbulo, mientras la plaza sirve de potrero donde retoza el ganado.

Todo eso no es literatura sino realidad, triste realidad observada a las puertas de Buenos Aires casi. Y para que no quede duda, el redactor viajero elimina lo ambiguo y asienta concretos, el primero de todos los nombres de los protagonistas, asumiendo la total responsabilidad de lo que escribe. A Federico Dozo, caudillo alzado en armas, lo encuentra como podía encontrarse al personaje de una novela de bandoleros, con el tirador cargado de balas de Remington. Doll es el caudillo máximo y se hace llamar "protector de los pueblos". Proliferan las timbas y un capítulo se titula precisamente *La taba gobierna al mundo*. El arrastre del personaje se refleja en la frase que vierte uno de sus adictos: "Yo soy perro de Doll", dice. Basta para retratar ese mundo.

La crónica periodística, valiosa con el simple relato de lo que sucede, no fue suficiente a Julián Gray (Julián Gray, su pseudónimo preferido, firmaba los artículos), quien quiso dar una explicación y derivar acotaciones sociológicas de todo eso. Lo hizo en el capítulo décimo de esa especie de diario de viaje y lo curioso es que, con pocas comas de diferencia, pasó a

integrar *Pago Chico* cuando este libro salió a la luz. Fueron las páginas escritas por el boticario Silvestre para el periodista amigo que andaba en esta clase de investigaciones. Esto acrecienta las pruebas de que no fue el libro la pura biografía de Bahía Blanca. Ya el boticario —Payró periodista primero— lo dijo: "...El intendente municipal, el presidente del concejo, el juez de paz, el comandante militar y el comisario de policía podrían ser trasplantados a 40, a 100 leguas de distancia, y actuar en un medio desconocido, sin que ni aun en el primer momento se notara el cambio".

Hay pasión en todos los párrafos de las crónicas, escritas sobre la marcha, desaliñadas en el estilo, sin ningún alarde literario. Leyéndolas, el recuerdo de Sarmiento surge espontáneo. El sanjuanino escribió con pasión, no pudo ser objetivo y usó de la prensa como tribuna cívica. Payró también lo hizo esta vez. Más tarde, triunfando el literato, fustigaría irónicamente y mostraría podredumbres haciendo hablar a personajes de ficción que tendrían la esencia de toda esa caterva de pillos encaramados en el gobierno.

Las observaciones de Payró en el interior bonaerense dejan en el lector un sedimento de tristeza y amargura. En verdad que los libros mismos provocan igual sensación y hacen meditar sobre nuestro pasado, sobre la levadura que tiene la sociedad en que nosotros vivimos. Puede decirse que puso su mira en lo peor, en la faz negativa de la sociedad de su tiempo, pero también que era precisamente esa parte la que gobernaba y a cuya merced estaban las honradas gentes que vinieron aquí para levantar la patria de sus hijos, y las familias de patricia tradición. El puso un broche de dolor en sus crónicas: "Creo en Dios, que no puede permitir que dure mucho tiempo tanta iniquidad", dijo. Puede ser que la iniquidad no haya terminado aun y que las consecuencias de esa iniquidad sean otras muchas que padecemos.

Esa es la crónica pagochiquense, cuyo análisis habrá que hacerlo alguna vez y cuya consulta será obligada para quienes

necesiten conocer de esa época algo más que la superficie. Y fue el antecedente más importante, en cuanto al conocimiento del país, que Roberto Payró llevó cuando afrontó una larga excursión. Más afortunada ésta sus ecos, reflejados en el diario en su momento, se prolongaron al futuro a través del libro, cuyos capítulos han sido leídos por muchos y pueden ser consultados fácilmente por los investigadores y los estudiosos. El viaje fue a la Patagonia, que en la crónica llamó la Australia argentina. Lo hizo en 1898, utilizando el único medio entonces de acercarse a esas tierras: el barco. No cabe decir que el viaje le permitiera conocer todo el territorio sureño, pero sí que, desde la costa, incursionando a veces a caballo, tomó contacto con él. El periodista estuvo en los sitios más poblados, donde los colonizadores se daban cita y realizaban su tráfico, y conversó con los pobladores de mejor experiencia, quienes le plantearon con claridad y precisión sus problemas.

Bien puede decirse que en esos momentos la inmensa mayoría de los argentinos ignoraba la Patagonia. Las descripciones de viajes y expediciones eran consultadas sólo por especialistas y estudiosos, buena parte estaba en otros idiomas, en raras ediciones, otras en colecciones como las de De Angelis. Eran piezas casi siempre frías, con datos geográficos, cuadros de distancias y paralelos; científicas unas, pseudocientíficas otras. Faltaba algo más vivo, que acercara ese escenario al lector común, a quien la Patagonia interesaba en esos momentos porque se estaba debatiendo la propiedad de parte de su territorio. El problema de los límites con Chile destacaba su período álgido y las comisiones de allí y de aquí trabajaban afanosamente para determinar hitos y argumentar en derecho, mientras el patriotismo vocinglero clamaba y reclamaba y la tensión se hacía a cada instante más riesgosa, apuntando el peligro de una guerra con la República hermana, considerada por muchos inevitable.

Se discutía sobre la Patagonia tanto como se ignoraba su realidad de esos mismos momentos. Las suyas eran tierras de leyenda, de aventureros, de evangelizadores, de pioneros, de

indios, de policías bravas, de loberos y buscadores de oro, de fugados de la justicia y de acaparadores de campos. Como siempre hasta entonces, daba alimento al chauvinismo, porque unas veces los ingleses y otras los chilenos, según se decía, querían apoderarse de ella. Los únicos que no lo hacían realmente eran los argentinos, que tenían olvidado ese trozo amplio del mapa cuya proa apunta audazmente a los mares helados del Polo. En esos años el perito Moreno, con quien viajaría Payró, andaba poniendo mojones y hombres de presa levantaban su fortuna a costa de los pobladores de buena fe. La soledad, la extensión, la falta de caminos, todo contribuía a hacer la vida difícil y a que triunfara el hombre fuerte, el tipo "de agallas". Los escrúpulos se echaban a un lado, como estorbo que eran en esa carrera de ambiciones.

A Buenos Aires llegaban tarde y mal los ecos de esa lucha y el clamor de los honrados pastores y comerciantes se perdía en la distancia o se traspapelaba en las oficinas burocráticas. Demás está decir que desde éstas se mandaban allí a los funcionarios más audaces y a los policías más decididos. Debe reconocerse que de gente distinta no habría podido disponerse sino como excepción, porque ser destinado a la Patagonia era como ser enviado al destierro. Era una tierra de frontera, donde los que iban dispuestos a apropiársela tendían alambrados por leguas y leguas para meter ovejas y establecer linderos dentro de los cuales no podían entrar los indios, cuya ignorancia de los códigos escritos por los llamados civilizados obligaba a éstos a gastar balas, contra su voluntad y violando sus piadosos sentimientos de cristianos.

El lejano Sur clamaba la atención de gobiernos entretenidos en sus tejemanejes políticos, más interesados que por tierras desérticas por tierras con votos. Hacía falta alguien que repicara alto para que se prestara atención a ese clamor.

Desde el punto de vista periodístico aste era un filón explotable y *La Nación* lo aprovechó bien. ¿De quién partió la idea del viaje? Posiblemente del mismo redactor que allí sería destacado, porque Payró, con instinto profesional y muchos

deseos de ampliar su conocimiento del país, pudo sugerirlo. De todos modos era el que mejor podía cumplir la misión, según testimonio de la labor ya realizada.

El corresponsal llevó consigo un caudal bibliográfico que le serviría para evocar el pasado y documentar el presente. Ahondando en una documentación exhaustiva, la crónica de lo que el periodista está viendo mientras deambula o se estaciona en un sitio toma consistencia y el libro en que se reúnen las crónicas del viajero se transforma, de amables columnas que reseñan paisajes, en un sólido texto que estudia el presente y se gira al futuro.

La excursión duró tres meses y la hizo en el transporte *Villarino*, de la armada nacional. Como los viajes eran espaciados y mucha la necesidad de sitio, en el barco se hacinaba la carga humana, la de bestias, de alimentos y bultos de todas clases. Iba gente de variados orígenes y hasta damas de caridad que se trasladaban al sur para cumplir su misión. Viajaba también el perito Moreno, con sus ayudantes, sus mulas, sus lanchas y sus instrumentos, a explorar los lagos Argentino y Buenos Aires. Payró empieza con el embarque sus apuntes, fijando perfiles de los compañeros de viaje y hasta su historia. Por ejemplo la del médico inglés que sube a bordo con pasaje hasta Punta Arenas y se quedará luego a medio camino, conquistado —raptado serían mejor decir— en la primera escala por pobladores que claman por alguien a quien confiar el cuidado de su salud. Chubut es, luego del indirecto con los pasajeros que regresan a sus asientos, el primer contacto de Payró con la tierra patagónica, donde, según los carteles escritos en muchos idiomas, hay distancias, en caminos más teóricos que reales, de cincuenta y una millas sin agua.

Desde este momento el periodista entra en función docente y su información transforma la crónica en cátedra. Es importante destacarlo, porque si algo en su crónica adquiere valor indiscutible y perdurable, de trascendencia, es lo que va documentando y transmitiendo a sus lectores, a los del común y a los que estarán obligados a reflexionar sobre los proble-

mas que plantea y procurar su solución. Hasta ahora ha ido dando información de segunda mano, de textos consultados, de datos que le proporcionan los viajeros con quienes comparte las incomodidades del viaje; de ahora en adelante, sus ojos ven y sus manos palpan la realidad viva. Naturalmente que no estará toda la Patagonia en ese contacto directo suyo, porque el viaje fue por la costa, pero penetrando tierra adentro poco más podía lograr, desde que el sur iba poblándose desde el mar y por el mar tenían salida sus productos, como se trasladaban por él sus habitantes a los centros económicos y culturales del país. Además los pueblos costeros eran foco de actividad y lugar en que los hombres de empresa y de trabajo se reunían. Centros magníficos de informaciones donde era posible unir acontecimientos, dibujar con ellos el panorama general y derivar conclusiones que permitieran una orientación constructiva.

Primer problema: el transporte. Los fardos con productos de la región se estacionan en los puertos, a la intemperie, esperando barcos que los lleven. Los buques nacionales hacen viajes muy espaciados y en esos momentos se reducen a uno solo que navega entre Buenos Aires y los puertos del sur. Además, la falta de cuidado y de comodidades hace que las lanas lleguen sucias y pierdan valor, por lo que los ingleses prefieren esperar los barcos del Imperio. Segundo problema: el acaparamiento de tierras. El primero que destaca es el de la empresa del Ferrocarril Central del Chubut, a la que se concedió una legua a cada lado de la vía a cambio de obligaciones que no cumple.

Instalado en el territorio del Chubut, el periodista tiene que referirse, naturalmente, a la labor que allí han hecho los pioneros galenses, "hombres de costumbres sencillas, trabajadores, honrados y pacíficos: buen pueblo y excelente plantel para el futuro", dice. Pero estos pobladores viven aquí como en su tierra, están desvinculados de las autoridades nacionales y forman un mundo aparte. A Payró eso no le ocupa y cree que las diferencias entre argentinos y extranje-

ros irán desapareciendo a medida que el tiempo pase y este elemento heterogéneo se funda en la masa general. Ahora hay diferencia de idiomas, de costumbres, de religión. Los colonos son en su totalidad protestantes y han abierto en el territorio catorce templos de las sectas a que pertenecen. Los pastores de la Iglesia tienen extraordinaria ingerencia en los asuntos materiales, pero la vida cívica es republicana y democrática, un tanto al modo suizo, porque todo se resuelve en mítines en los que participan los vecinos, aunque quienes llevan la voz son los mismos pastores. Hasta un periódico en inglés editan y la réplica en otro en castellano es ahora sólo proyecto.

Los protestantes tienen su escuela y los católicos la contrarrestan con la que dirigen los salesianos. La del Estado también funciona y es la más pobre de todas. A ella le hacen la guerra los patrocinadores de las otras dos. El viajero, que está en plena época de socialista doctrinario, pone los ojos en esto y destaca la lucha religiosa y, por primera vez ahora, el aspecto comercial de las misiones, católicas o protestantes. “Aunque los salesianos —dice— afecten indiferencia por las cuestiones de interés general, y no sigan la costumbre democrática de los meetings, no está en su carácter hacer abandono de ellas, y su influencia moral y comercial se hace sentir allí como en todos los puntos donde se establecen. Su primer esfuerzo tiende a desprestigiar las escuelas del Estado, y atraerse a los niños de la comarca, con una educación de aparato, llena de exhibiciones de habilidad en la declamación, en el canto, etc., que seduce a los padres poco filósofos, deseosos de lucimiento, aunque sea superficial, de sus hijos. Luego, tras el colegio, y como por la peana se besa al santo, vienen las pequeñas industrias y los pequeños comercios que permiten a esta compañía tener estancias y aserraderos, y hasta panaderías donde quiera que establezca una sucursal”. Pero ellos también contribuyen al progreso material de la zona: “aunque se preocupen más del propio”, aclara, y continúa: “. . . los misioneros anglicanos, tan famosos por su abnegación, no han hecho en resumen de cuentas otra cosa, desde que aparecie-

ron por los territorios del sur, hasta hoy, en que sus misiones continúan siendo verdaderas factorías”.

Como episodio, esto no tiene mayor importancia. Lo que preocupa al cronista es que pueda derivar en una lucha enconada, que contribuya a dividir más a galenses y argentinos, quienes ya se repelen un poco, cree que sobre todo como consecuencia de abusos cometidos por los criollos contra los miembros de la colectividad extranjera.

El movimiento cultural es incipiente. Todo el caudal que tiene una flamante biblioteca pública son dos docenas de libros. No dice si en hogares de esos británicos que allí viven puede haber mayor cantidad, pero sí que los galenses realizan periódicamente unos conciertos-exposiciones a los que concurren vecinos de seis leguas a la redonda, lo que evidencia una preocupación cultural.

Pero a la Patagonia no se va a cultivar los valores del espíritu sino a trabajar rudamente. El trabajo es el único medio de hacerse una posición. Un habitante dice: “. . . Aquí sólo tienen éxito los hombres de acción, de trabajo y de perseverancia. El que venga a Patagonia a *mandar hacer* puede estar seguro de su fracaso; el que se imagine que se enriquecerá sin sacrificio, quédese, es mejor. . . Aquí, muchas veces, hay que sufrir hambre y sed. Aquí sólo medra el trabajo personal, continuo. Pero el que, en medio de estas privaciones, sea obrero o patrón, sobrelleve necesidades y fatigas, luche con esperanza y sin tregua, ese llegará infaliblemente a rico”.

El mismo vecino le cuenta los sacrificios que cuesta formar una estancia, siendo la dificultad más grande las *protectoras* disposiciones gubernamentales, que se oponen al progreso de los pobladores honestos y regalan tierras a los aventureros. Hay que hacer jagüeles en el arenal para sacar un poco de agua salobre, conducir por interminables caminos las ovejas que se adquieren en la Pampa o en la provincia de Buenos Aires, aguantar la sed que puede sufrirse en esas travesías, las velas para impedir que el rebaño se disgregue, para encontrarse muchas veces que llegando al fin de las jor-

nadas, hombres y bestias extenuados, los ovinos se metan en el mar para beber, lo que será muerte para los animales y ruina para su propietario. Admira el escritor a estos esforzados pobladores y exclama: “¡Oh, qué animosos y qué dignos del triunfo son esos hombres del sur, que pasean la Patagonia desde los Andes hasta el Atlántico, sin más defensa que su propio esfuerzo, sin más protección que la ayuda propia, y abren a la civilización y al progreso aquella inmensa tierra ignota y virgen, ingrata para el muelle, generosa y maternal para el bien templado!”

Da la nota dramática recordando que “de pronto, en medio del campo reseco y polvoroso, una tosca crucecita de ramas abre y retuerce los brazos, señalando el sitio donde descansa el cadáver gesticulante y crispado de algún pionero que mató la sed...” Juan Siches, uno de esos viajeros, le cuenta que “un día era tal la sed que me acosaba, que me tiré del caballo en un cañadón, y comencé desesperado a cavar la arena con las uñas, en busca de un poco de humedad... y no hallando agua, me llené dos y tres y más veces la boca con esa misma arena”. El problema del agua es, en las travesías, el más duro. La desesperación de los arrieros puede ser tal que se beban la sangre de los animales y hasta casos hubo de disputas a mano armada, entre compañeros, por una botella de orines.

En Chubut se prepara el futuro con sudor y sufrimientos. Los pioneros construyen con esfuerzo y el gobierno central, que vive en el limbo, opone todas las trabas de la burocracia y el favoritismo. Recuerda Payró lo que ya asentara el perito Moreno: mientras los colonos no logran la propiedad de las tierras a las que hacen producir riquezas, en Buenos Aires se adjudican a otros que vienen muchas veces a desalojarlos. Al fin, quienes trabajan ocupan esas tierras como intrusos. Un programa gubernamental, inmediato, tendrá que ser la construcción de canales de riego.

El periodista sigue su viaje y sigue apuntando. Para matizar, cuenta la aventura de miss Mary, una inglesa que viene

desde su patria para casarse en Río Gallegos y que está a punto de cambiar de destino como consecuencia de un idilio que nace en el *Villarino*. En Santa Cruz, el río es la gran vía de comunicación y que lo saben los olfateadores de fortuna lo testimonia el hecho de que se hayan adueñado de las tierras ribereñas. Desde diez años atrás, los chilenos que tienen haciendas en ambas orillas del Estrecho han ido asentándose también en los campos argentinos. Pero esto no le alarma mayormente, porque al fin y al cabo los extranjeros que aquí trabajan lo hacen para la grandeza futura de la Argentina. No así los que llama “favoritos de la suerte”, empleados públicos que se aprovechan del abandono estatal para enriquecerse. Los gobernantes ignoran la importancia del Sur, que tienen olvidado y resulta una riqueza que se rapiña. Se carece de estudios concienzudos y de una legislación previsoras en que asentar una marcha progresiva. Dice a propósito de esto: “Apenas se ha explorado una región desconocida, y apenas se sabe en las oficinas públicas que hay en ella terrenos aprovechables, cuando esos terrenos se solicitan por la especulación, que los obtiene sin dificultad, aunque ellos estén poblados desde muchos años atrás por hombres de trabajo y sacrificio, que tendrán que desalojar a la primera intimación de los nuevos opresores”. Como ejemplo de esa desidia, recuerda que los marineros de la suprefectura de Santa Cruz anduvieron vestidos con chiripá y bota de potro, porque no recibían su ropa de uniforme. También que mientras los fardos de lana se pudren a la intemperie, esperando transportes, a pocos metros se tiene vacío el depósito de carbón, donde podían almacenarse cómodamente. No mejor anda la política colonizadora, pues el Estado no cumple su compromiso de dar a los nuevos pobladores un plantel de ovejas, algunos caballos y título de propiedad. Sin embargo, los colonos han triunfado.

Contra viento y marea la riqueza va consolidándose. Las ovejas malvineras se cruzan y derivan en una raza especial para la zona y las perspectivas para el futuro son extraordinarias, asentándose, en esos momentos, en la producción lanera.

Pero el problema de la tierra apasiona al cronista viajero, que clama porque no se siga entregando a los "parásitos de la especulación". Asienta en seguida: "No tengamos, por Dios, otra concesión Grünbein, ni se dé esa tierra a intermediarios cuya sola misión será hacerla pagar más cara a los trabajadores, cobrando su influencia como mercadería, y contribuyendo así a desacreditar nuestros procedimientos administrativos. Hay que reaccionar; es necesario no descontar ya el porvenir, sino prepararlo para que sea más próspero".

Payró hace excursiones tierra adentro, a caballo. Luego quiere agregarse a la comitiva de Francisco Moreno para llegar a los Lagos, pero éste no se lo permite. Entretiene las horas de navegación relatando costumbres, de blancos y de indios, la caza del guanaco y del avestruz, el aprovechamiento de pieles y plumas, pero estos son como paréntesis, prolongados a veces. Lo que más le interesa es otra cosa, más aún que la realidad presente el destino de la Patagonia, alejada del resto de la República no por la distancia sino por la indiferencia. La República no ha enviado allí los mejores entre sus súbditos y de ahí viene que la población estable, integrada casi totalmente por extranjeros, considere extraños, cuando no enemigos, a los hijos del país. Y dice que los argentinos han ido allí "como se va a una tierra de conquista (¿es esto atavismo?) y pesan sobre los pobladores de otras nacionalidades con toda su autoridad delegada o usurpada, pues también suelen crearse autoridades sin base legal. De ahí un retraimiento, una desconfianza por lo que procede de nosotros, que se manifiesta claramente hasta en lo más mínimo".

Donde los pobladores ejercen derechos políticos se excluye de ellos a los nativos y los gobernantes municipales son todos galenses. Tiene esto un porcentaje de racismo, desde que las ausencias que Payró destaca son de la raza latina. Se pregunta si esto será para bien o para mal, pero destaca que "Nuestros gobiernos no tienen la costumbre de considerar problemas políticos estos cuyo planteo se inicia ahora y dejarán que Chubut y Santa Cruz especialmente no afinen sus

instrumentos para entrar acordes en el *concierto* nacional". Y continúa: "Considero que allí se prepara una raza poderosa; que las fuerzas de la naturaleza trabajan activamente, en colaboración con las fuerzas sociales que están en perpetuo movimiento en todo el mundo y encuentran allí terreno nuevo y libre donde actuar y acrecer, y que hora es ya de no limitarse a considerar *política* el cambio de gobierno o la elección de un candidato, para que el pensamiento pueda abarcar mayores conjuntos y llegar a conclusiones más amplias y positivas". Esto, en prosa periodística, quiere decir que por sobre la política del momento y las alternativas de cambios circunstanciales está lo más importante y permanente, que es asentar para el futuro la grandeza de la Nación.

Y sigue con las quejas, los abusos, y los vicios: tal comisario, incapaz de encontrar a quienes cometen asesinatos, halla fácil la fortuna instalando una cantina a nombre de un personero. El alcohol hace estragos y es la mercadería que más se vende. El despacho de bebidas tiene en estos parajes su propia característica: "La *esquina* del gaucho pampeano, la *pulpería* famosa, teatro de dramas y sainetes, se ha trasladado allá con otro carácter, ha diezclado al tehuelche, y cobra diezmo crecido al trabajador patagónico, que deja en ella gran parte de su salario, si no todo", apunta el autor, en quien por momentos despunta el poeta y el pintor en potencia, muchas veces comentarista de obras pictóricas y aficionado al dibujo literario de personajes, y se deleita ahora fijando sus sensaciones de navegante que se extasia mirando cielo y mar.

Desembarca en Gallegos. Allí el problema del transporte no es tan grave, porque está cerca Punta Arenas, el floreciente puerto chileno. Nuevamente, y son cien veces, destaca el contraste de una población con la otra y asienta que "Patagonia no debe al gobierno sino vejámenes unas veces, desdenes otras." El estrecho de Magallanes lo recibe en calma y el viajero lo contempla embelesado pero sin perder el hilo conductor de sus ideas. Para informar se vale del diálogo con pobladores, que pueden haberse expresado con otras

palabras pero siempre el mismo pensamiento. El diálogo es instructivo y sirve al hombre de pluma para reflejar las preocupaciones y las reflexiones de estos esforzados sureños. Bien cabe asentar, leyendo el libro, que *La Australia Argentina* no es tanto la obra de un periodista como la voz viva y muchas veces dolorida de esos hombres, que no sospecharían en ese momento la resonancia que había de alcanzar, al fin, su clamor. No todas son quejas sin embargo, y la acción de los funcionarios honestos, que los hay, se destaca y se elogia.

En el territorio de Santa Cruz el viajero se asombra de la cantidad de ovejas que ve desparramadas sobre los campos. José Menéndez, con quien toma contacto por primera vez, tiene más de cien mil, Reynal otras tantas. Las ovejas parecen terneros: son las malvineras. Menéndez, chileno, tiene en Punta Arenas una casa de comercio que sería importante aun en Buenos Aires. Su historia mezcla biografía con leyenda, como la de todos los que van de la nada a millonarios. La más digna de crédito dice que vino a este lado de la Cordillera con una mano atrás y otra adelante, acompañando a un titiritero. Con otro nombre para el protagonista, sería el personaje de su última obra teatral. El medio permite esas carreras, pero, asienta, "el personaje vale lo que el medio, es un gran producto de estos países, una síntesis determinada de sus pobladores..." Payró se entusiasma con los emprendedores, los pioneros que tanto necesita la región austral. Los encuentra a montones en Punta Arenas, muchos de ellos, sin embargo, huídos de la justicia. Punta Arenas le causa admiración, por el contraste de su bullir con la soledad de lo que acaba de ver. El puerto chileno pone en evidencia que para poblar allí hace falta libertad, eliminar las aduanas y procurar que quien trabaja tenga su premio. El Sur es como el Far West norteamericano y los tipos que triunfan pueden ser desertores, fracasados cazadores de lobos o defraudados lavadores de oro. Tomaron luego otro rumbo y ahí están, de comerciantes o criadores. Los que ya se asentaron y los que dan ahora los primeros pasos en la aventura se reúnen en Magallanes. Pay-

ró los recuerda: “Aquel pueblo, en parte, se compone de piratas, desertores, mineros, loberos, comerciantes sin escrúpulos, prostitutas, militares sin cabida en otros centros, marinos semipiratas, jugadores... y sin embargo es un pueblo que —aparte de ciertas exterioridades al fin y al cabo perdonables— puede ser comparado con cualquier otro, y de los más correctos...” Pensaría al escribir eso que más peligrosos eran los pícaros de levita filtrados en las esferas gubernativas y los comandantes de empresas dedicadas a las altas finanzas.

Es, el de Punta Arenas, un mundo heterogéneo y penetrar en *El Diluvio*, donde se bebe y se celebran de viva voz contratos para futuras empresas, es meterse en una Babel donde la mezcla de todos los idiomas se hace algarabía. Allí toma contacto con loberos que le cuentan sus aventuras y con industriales del *raqueo*, que es la industria de los naufragios, de cientos de los cuales guarda recuerdo el Estrecho.

Ahora le llega el turno a los aborígenes. De ellos se ocupa con detenimiento. Habla de sus costumbres, de sus tradiciones, de sus leyendas, de su historia, de su idioma y de cómo se va exterminando a la raza que podía ponernos en contacto con el suelo. Desde luego, víctimas son de los nuevos conquistadores. Los loberos, al regresar de sus expediciones, se entretienen tirándoles con municiones de caza, simplemente para divertirse con los visages de las víctimas cuando son alcanzadas por el perdigón; los que cercan campos, los matan cada vez que saltan los alambrados de su propiedad, robada a los aborígenes por cierto. Estancieros hay que pagan a los cazadores dos libras esterlinas por cada oreja de indio que les traen, lo que les resulta más barato que perder las ovejas que les roban. Hay una guerra sin cuartel entre blancos invasores y aborígenes, en la que éstos, naturalmente y tal como ocurre en todo el mundo, van perdiendo. El poblador nuevo persigue a los animales silvestres, privando a los indios de alimento, a la vez que les suministra alcohol y les lleva enfermedades contra las que los autóctonos no están inmunizados.

Todo contribuye a la extinción de la raza, hasta el fusilamiento sistemático y la caza del patagón para exhibirlo en los museos de Europa. Vuelve ahora el autor a recordar la labor de las misiones religiosas y dice que "Los misioneros, protestantes y católicos, serían los indicados para el trato pacífico, pero se dedican a la industria y al comercio y los indios consideran las misiones como cárceles." Más adelante agregará: "Mucho fía el Gobierno en las misiones, pero éstas son simples factorías útiles a los misioneros o sus sociedades. La misión salesiana de Río Grande, por ejemplo, no asila sino a unos cincuenta niños, que viven con sus familias en torno a las casas, en wigwams miserables, siguiendo sus usos y costumbres salvajes, y, según me informa la policía de Ushuaia, los adultos de estas familias hacen incursiones por su cuenta o sirven de guías a sus tribus cuando van a dar algún malón, refugiándose luego en la misión, donde hoy mismo hay malhechores. Hace cuatro años que los salesianos están establecidos allí, y en todo ese tiempo no hay ejemplo de que hayan salido a parte alguna con el objeto de catequizar indios, como es su compromiso material y su deber moral." Los misioneros anglicanos también anduvieron errados, pues les cambiaron la ropa y la alimentación y los hacen trabajar en cosas a que no están acostumbrados. Igual que los estancieros, quienes los despojan de sus pieles y los visten con trajes ridículos, haciéndoles morir de frío. Encuentra indígenas que fuera de las de su idioma saben unas pocas palabras y son inglesas, producto del trato con los misioneros protestantes. En Ushuaia, cuyas cercanías recorre a pie y cuyo paisaje describe con pinceladas plenas de color, asiste a un oficio que se celebra en la Misión, con cantos en inglés y en yagán. Lo que han hecho en esa zona los ingleses es mucho y con grandes penurias al principio, pero destaca que Mr. Bridges, antiguo pastor, es ahora hacendado, y que las misiones inglesas hicieron trabajar duro a los indios y hacen ahora buenos negocios, aunque se quejan constantemente de las autoridades argentinas. Mr. Bridges enarboló durante años la bandera británica en el frente de su casa, ignorando la de la tierra que pisaba.

La población de ese territorio es una historia de aventuras. Los mineros chilenos recibían a tiros a quienes vinieron después que ellos y los primeros hombres que el gobierno argentino envió a aquellos parajes lejanos sufrieron toda clase de penurias, hasta morir de hambre muchos de ellos. Ahora se está algo mejor, pero corto tiempo atrás los argentinos allí destacados tuvieron que mendigar alimentos a los barcos ingleses que pasaban.

En la Isla de los Estados Payró se detiene para describir sus hermosas costas y para relatar algunas historias de aventuras. De los presos que fueron allí confinados da nombres y biografías. En ese presidio militar hay condenados por desertión, enganchados que pagan el delito de no cumplir un contrato, pero lo curioso es que al escaparse de las filas no habían recibido un peso del otro firmante del contrato, el Estado. Algunos de estos presos tienen mujer "más o menos legítima" y esto matiza la vida con celos y riñas. Por su parte el cronista se entretiene en excursiones para juntar huevos de pingüinos o en la caza deportiva de lobos marinos, que no caza por cierto pero tiene la seguridad cuando menos de haber herido a alguno...

A medida que ha ido avanzando hacia el sur nos va dando la impresión del cambio de escenario. Aquí, en el extremo del mundo, ya no es de pobladores pacíficos de los que más habla sino de aventureros, de seres a los cuales el destino llevó a esas tierras desoladas e inhóspitas, tras el señuelo del oro o arrastrados por la desgracia. Más que de triunfadores, la historia habla de hombres perdidos o muertos por extenuación. El escritor termina su itinerario, en el que ha ido dando sus apuntes de cada momento, describiendo paisajes, transcribiendo informaciones, relatando sucesos, reflejando deficiencias, destacando triunfos y asentando opiniones sobre el destino de su patria. Le ha encantado lo pintoresco, se ha emblesado con el escenario descubierto, pero una preocupación constante por los problemas de más hondura no lo abandonó nunca. Al llegar el momento del balance, habla de la excursión

sión y recuerda lo episódico pero apunta que tiene esperanzas en otro resultado que el puramente artístico, más útil por cierto: "...que el gobierno y los hombres de empresa fijen su atención en las regiones que recorrí, el uno para incorporarlas definitivamente a la existencia nacional, los otros para llevar a ellas sus iniciativas y sus esfuerzos, acelerando su progreso para cosechar sus primeros frutos." Su confianza en el destino de la Patagonia es absoluta. "Patagonia —dice— cumplirá, más bien temprano que tarde, los destinos a que está llamada." Ya se desvanece la creencia de que aquél es un territorio estéril, porque se conocen sus frutos y sus enormes posibilidades económicas: "...las lanas y la carne de Santa Cruz, los ovejas gigantes de Tierra del Fuego, las minas de carbón y de lignito, las arenas auríferas, el depósito inagotable de los fagus, las aguas termales, el océano hormigueante de peces, de anfibios, de cetáceos, de moluscos; la montaña en cuyos riscos se asilan millares de guanacos, los anchos y profundos ríos de onda cristalina, prontos a mecer cientos de embarcaciones; los lagos inmensos como mares mediterráneos, la extensión, la extensión inconmensurable y solitaria, que se ofrece y se abre para que la fecunden..."

Cree que hacia allí debe dirigirse una corriente de hombres de empresa y de trabajo. Recuerda que se habla de poblar la República y lo único que se está logrando es hacer crecer a Buenos Aires. La inmigración viene pero retorna a su país de origen. No contribuye así al bienestar general y lo haría quedándose. ¿Por qué no se queda? Seguramente porque los inmigrantes no encuentran en esta tierra una mínima parte de lo que esperaban encontrar, de lo que se les prometió: "campo en que hacer su hogar y desarrollar su acción, seguridad de vidas y haciendas, justicia rápida, equitativa, insospechable, barata; comunicaciones fáciles para la salida de sus productos. Y todo eso que puede, que debe dárseles, porque nos beneficiaría a nosotros mismos en primer término, se traduce precisamente en todo lo contrario..."

No se refiere ya sólo a la Patagonia, sino al país todo,

a la política que han seguido sus gobernantes. Así debe entenderse cuando dice que “La tierra, mucha parte de ella, por lo menos, está en poder de compañías especuladoras y avaras, que mientras aprovechan el trabajo del colono no le permiten conquistar el pedazo de terreno prometido y que sería su independencia, porque permitiéndolo perderían el siervo pseudolibre que las enriquece. La seguridad de nuestras campañas ha sido y es un mito, pues las autoridades encargadas de velar por ella, se nombran con miras inconfesables de dominio *político* y con el mismo fin se les dejan facultades tiránicas de que todavía abusan. La justicia es en general tarda, tortuosa, cara, terrible para quien acude a ella, por más que tenga razón. Las comunicaciones sólo son fáciles en las partes privilegiadas del país que las posee naturales”. Por eso el extranjero no se queda, pues para vivir mal aquí ha de preferir su propia patria. Y no ha de pensarse que el país se poblará porque sí, por virtud de los bellos discursos. El inmigrante debe recibir algo más que palabras y este algo más lo tenemos a mano: la tierra fértil para que levante en ella su segunda patria.

Asienta más adelante: “Patagonia ofrece inmenso campo, no ya para un ensayo (estamos ensayando desde 1810 y ya es hora de asentar el juicio), sino para la implantación regular y normal de un sistema de población gradual, definitivo, bien meditado”. Este plan, opina, deben hacerlo hombres de experiencia y no funcionarios líricos o cámaras esencialmente electorales. Lo fundamental es una prudente repartición de la tierra, dando al colono no más y no menos que la que necesita.

Sus últimos párrafos desbordan de fe en el porvenir de la Patagonia. “La Patagonia —dice— hará su camino, más lenta, más rápidamente, según la sabia o desacertada dirección que le impriman los gobiernos. Pero lo hará...” La Patagonia es “El mundo de mañana, asilo de la libertad y escenario del progreso”.

Este es el último renglón del libro. *La Australia Argentina* es la crónica de un periodista que se transforma en lite-

rato, razona como un hombre de gobierno y describe como lo hiciera un artista, pero es, sobre todo, el documento escrito del pensamiento de un hombre que supo ver la potencia enorme del sur argentino. El general Mitre, en carta que prologaría la obra, le dio su justo valor y dijo entre otras cosas que “como comentario de un mapa geográfico hasta hoy casi desconocido, importará la toma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado...”.

Parece mera coincidencia pero adquirió el valor de símbolo la reunión en el mismo barco de Payró y el perito Francisco Moreno. Este no hacía su primer viaje e iba pleno de fe a continuar la brega de todos sus días, de toda su vida, en favor de la Patagonia; aquél partiría un tanto escéptico, a cumplir una misión más, llevado por el oficio, pero la tierra lo conquistó, le hizo reflexionar y lo apasionó intensamente. Cada uno desde su ángulo, cada cual bregando desde su propio escenario, ambos por igual fueron eficaces y lograron su objetivo. La Patagonia, luego de Moreno y de Payró, pasó a integrar el territorio de la Nación, en la geografía y en las letras. Como lo quiso Payró, los gobiernos se ocuparon de ella, no tanto como debieron, y los hombres de empresa fijaron en el Sur su atención. Su triunfo de escritor fue el testimonio de lo que puede hacer la prensa en cuanto institución constructora.

Este viaje dejó en el escritor huellas profundas. Que sepamos, no volvió al extremo sur, pero su recuerdo fue permanente y en los últimos días de su vida lo revivió en una obra teatral para cuyo argumento aprovechó precisamente la geografía mezclada de leyenda de don José Menéndez. La comedia se llamó *Alegría*, nombre que dio al protagonista, payaso de circo que, unido a una de las artistas que integraban la *troupe*, resuelve dejar la vida de aventura para afrontar la gran aventura de asentarse sin un centavo en ese sur de la esperanza, donde levantaría su fortuna y ganaría su bienestar, transformándose, de simple payaso errabundo, en pionero y luego patriarca de una tierra generosa. Fue esa su última pieza es-

crita para las tablas y cuyos originales entregó, frescos de tinta, a Florencio Parravicini pocos días antes de dar el último suspiro.

Recordando lo que viera y lo que escribiera sobre la campaña bonaerense, cercano sur de la Argentina, pocos años antes, amargo y dolorido, hemos de reconocer que en estas sus impresiones sobre el lejano sur de la patria presenta otro horizonte. No oculta su faz negativa sino que la desnuda y la denuncia; habla del acaparamiento de tierras, del olvido de los pobladores, de trampas de la gente acomodada en las esferas oficiales, de la ignorancia de los gobernantes, de sufrimientos y sacrificios que deben hacer los que trabajan, del exterminio de los indios. Pero todo eso no lo ciega y sabe bien que la tierra desolada no se ha de poblar con evangelizadores, pues hasta los evangelizadores se transforman allí y se dedican a explotar. Le entusiasma el hombre de acción, de coraje, comprendiendo que de no tenerlo fracasará en la empresa, pero comprende también que quien va de aventura al fin ha de asentarse porque verá que el trabajo perseverante es el mejor capital. Así se pobló el Far West norteamericano y así cree que se poblará este lejano sur de nuestra América. No muy distinta fue la colonización de Australia, floreciente ya en el siglo pasado. Lo que sabe positivamente es que la política criolla, turbia y tramposa, conspira contra el porvenir del Sur y que el Sur, aún contra esa valla que se opone a su progreso, ha de crecer y dar riqueza a la Nación, asentándose en esa tierra las familias laboriosas de los pioneros no contaminados con los vicios de la urbe, gente de trabajo a la que enriquecerá el trabajo, porque es justo que así sea, población sana, robusta, de músculo fuerte y corazón templado .

La fe de Payró en la Patagonia fue la fe del argentino entristecido por la realidad de la patria vieja que vislumbra la aurora de una patria nueva, asentada en el esfuerzo creador de sus habitantes.

GERMAN GARCIA

Moreno 2930, 2.º, 1. Buenos Aires